



BASURA
NO
COMPARTIDA

J. Daniel Aragonés Cuesta

Segunda edición

BASURA NO COMPARTIDA

J. Daniel Aragonés Cuesta

Créditos

Edición (revisada) en formato digital: 2016

© J. Daniel Aragonés Cuesta

Facebook: <https://www.facebook.com/J.Daniel.Aragones.Cuesta>

Blogspot: <http://gafasciegas.blogspot.com.es/>

Twitter: @DrDaniel79

Correo electrónico: dr.irreverente@gmail.com

Edición: © J. Daniel Aragonés Cuesta, 2016

Diseño de portada: Sonia Molina Leivinson © sml'76SNK

Maquetación: Sonia Molina Leivinson © sml'76SNK

Edición impresa:

© 2ª edición: revisada, 2016

© 1ª edición: Mayo de 2012. Editorial Alfasur

Basura no compartida

© 2012, J. Daniel Aragonés Cuesta

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electromecánico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.—, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

All rights reserved. Without limiting the rights under copyright reserved above, no part of this publication may be reproduced, stored in or introduced into a retrieval system, or transmitted, in any form, or by any means (electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise) without the prior written permission of both the copyright owner and the above publisher of this book.

Citas

El que puede cambiar sus pensamientos puede cambiar su destino.

Stephen Crane

Cuando creíamos que teníamos todas las respuestas, de pronto, cambiaron todas las preguntas.

Mario Benedetti

Si usted no sabe hacia dónde va, probablemente acabará llegando a cualquier otro lugar.

Laurence J. Peter

Si haces lo que no debes, deberás sufrir lo que no mereces.

Benjamin Franklin

Contenido

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Citas](#)

[Contenido](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[IX](#)

[X](#)

[XI](#)

[XII](#)

[XIII](#)

[XIV](#)

[XV](#)

[XVI](#)

[XVII](#)

[XVIII](#)

[XIX](#)

[XX](#)

[XXI](#)

[XXII](#)

[XXIII](#)

[XXIV](#)

[XXV](#)

[XXVI](#)

[XXVII](#)

[XXVIII](#)

[El principio del final: XXIX](#)

Dedicatoria

*Para Moñy, Javinho, BigMario y Klaus, por la fidelidad
y las charlas interminables.*

Prólogo

Escribí “Basura no compartida” en el año 2011, estando en paro y sin cobrar ningún tipo de prestación (de ahí la violencia verbal, la crudeza, y esa acidez tan característica). Me hallaba en un momento delicado e introspectivo, no estaba en ningún sitio a la vez y quería estar en todos. Lo único palpable era mi afición por la escritura, las ganas de contar historias, el ímpetu, y las inquietudes creativas. Pese a conocer mis limitaciones, y empujado por un grupo de locos que me quieren, decidí llevar a la práctica mis conocimientos en el mundo de la lengua y lanzarme a la piscina. ¿Fue una insensatez? Seguro que sí, pero lo hice. ¿Cómo sucedió? Supongo que el catalizador de ese fuego provino de lo absorbido en la calle durante tantos años, evocaciones metafóricas y exageradas de las historias que absorbí en los parques de la urbe donde me crie, donde tanto tiempo pasé y tantas cosas me ocurrieron. Pueden parecer tonterías las explicaciones que estoy ofreciendo, no lo discuto, sin embargo, creo que lo expuesto es muy importante, pues todo fue determinante para la creación de la obra. Si hubie-

se poseído los conocimientos que tengo ahora jamás habría escrito "Basura no compartida", eso es un hecho, por lo tanto, creo que la valentía de enfrentarse a un proyecto de tal magnitud, como es una novela, debe ser apreciado.

Como digo, al leer la obra se puede distinguir la inexperiencia en varios ámbitos (soy consciente de ello, de hecho, si no fuese por los errores cometidos el aprendizaje posterior no hubiese existido). En resumen: el olor a novato se hace notar en toda la obra. Sin embargo, esa inexperiencia es la que carga la obra de salvajismo en estado puro (podría explicar estas últimas palabras de una forma mucho más clara y profunda, pero no lo voy a hacer).

Aunque en esta segunda edición hemos pulido ciertos detalles de importancia, el texto ha sido respetado al máximo. Simplemente hemos unificado criterios de edición, corregido erratas y maquillado estilísticamente alguna frase.

Fue mi ópera prima en el mundo de la prosa. Una historia salvaje, crítica con la sociedad actual y vomitada sobre el papel de una forma natural, sin aditivos. Me atrevería a decir que fue provocada por una ingesta desproporcionada de insensateces sociopolíticas.

Quizás fue ese lapso (toda una vida) en el que no me sentí persona grata para el sistema, puede ser, el que provocó tal atentado contra la literatura normalizada. Porque está claro que "Basura no compartida", al igual que otras muchas obras universales, navega por aguas oscuras y tenebrosas. Comparada una y mil veces con "Pulp Fiction", largometraje de culto; o con algunas obras de Irving Welsh y de Bukowski. Reverenciada por algunos locos y odiada por algunos cuerdos (aún más locos que los primeros), la novela no ha pasado inadvertida. Ha sido, y es, un éxito personal (y en pequeña escala a nivel de ventas y crítica). Fue el combustible que me hizo seguir adelante y aprender.

En definitiva: no creo que exista un solo ser en el mundo capaz de no soltar una carcajada al leer la novela al completo. Es como ver a un payaso rojo disfrazándose de gobernante. Es aprender a desaprender sin pasar por la casilla de salida. Un golpe bajo.

Vaciad vuestra mente y leed sin prejuicios; vivid sin prejuicios; no tengáis prejuicios cuando veáis a la persona del otro lado del espejo. Todo perfeccionamiento es fruto de algo mejorable, es resto es basura.

J. Daniel Aragonés Cuesta

Enero 2016

I

Me levanté, y les dije a gritos:

—¡Largaos de mi jodida fiesta! ¡Basura, sois basura!

Al unísono, lancé una botella de Jack Daniel's desde la escalera.

—¡Os odio! ¡Largaos de mi jodida fiesta!

La música de Miguel paró de golpe, todos se quedaron expectantes, hasta las prostitutas se quedaron inmóviles. Los putos, por el contrario, me miraron desafiantes obligándome a despotricar todavía más.

—Puedo respetar a una puta, pero a unos mierdas de medio pelo como vosotros os tomo de aperitivo... ¡Queréis largaos de mi jodida fiesta!

No sé si les asustó mi discurso desbocado, solo sé que los vendedores oportunistas de sexo se largaron del patio de aquel maloliente hotel, y supongo que los comentarios maquinados entre ellos no eran más que basura contra mi persona, pero ¿qué importaba? Todo aquél que no quisiera aguantarme no era bien recibido en el hotel.

Cualquiera diría que era un agricultor de cristales, lancé al menos una treintena de botellas contra paredes y suelo, estaba desatado. Todos me miraban, a excepción, claro está, de los que estaban vomitando y de los que se daban el lote cariñosamente.

En ciertas ocasiones, y siendo raro, puede darse el caso de que te llamen al orden, incluso mediante insultos, por parar una fiesta desproporcionada, y en aquella ocasión, así fue, aunque suene raro.

—¿Qué coño pasa aquí! ¿Queréis joderme el negocio entre unos y otros? —dijo el apestoso gerente del hotel.

Mi respuesta fue inmediata, le rompí una botella en la cara y me puse a vocear sin control.

—¿Quién es el tonto ahora, eh! —le dije mientras sacaba mi pene y vaciaba mi vejiga en su cara—. Tu negocio, es mi fiesta. Y mi fiesta la paro cuando me da la gana... espera ¿He dicho cuando me da la gana? Pues quería decir, que la paro cuando me salga de los cojones.

Después me puse a llorar, seguramente debido a la brutal borrachera que llevaba puesta. Aunque en un último brote de rabia, lancé la última botella al aire.

No recuerdo cuanto tiempo pasó, pero debí quedarme dormido al menos cinco minutos —eso creo—. Cuando volví en mí, el gerente me pateó la cara, y lo cierto, es que me lo tenía merecido. Noté como me temblaba la cara debido a la brutal patada, sentí como la sangre brotaba de mi sonrojada nariz, y aunque el dolor fue estremecedor, mi trompa no estaba rota, lo cual, encendió mi ironía de serie.

—Tienes suerte de que no llame a la policía —me dijo el apestoso gerente.

A lo que le contesté cortésmente, después de escupirle un buen gargajo de sangre en su mejilla grasienta:

—¿Eso es todo lo que sabes hacer? Beber pis y comerte mis babas teñidas de sangre. —Mi risa posterior debió enervarle pero yo seguí a lo mío—. ¡Gordo de mierda! Ven-ga, pégame, boliche cebado...

Supongo que podría haberme reventado allí mismo, pero ante la locura transitoria los cobardes suelen esconderse.

—Eres un puto escritor de basura, pero pagas el alquiler... ¡Jódete! —Tras sus palabras, y en un acto de pura imitación barata, me escupió.

—Habló el "gerente", un imitador mediocre que vende cocaína a los adolescentes... ¡No me jodas con dignidades de mierda, y menos tú! —contesté envalentonado.

Lo que en un principio iba a ser un remiendo, se convirtió en un traje diario, y no lo digo por la bronca nocturna. Llevaba en ese maloliente hotel más de un año; borrachera tras borrachera, escribiendo basura imposible de leer y llorando desesperadamente al desamor. Lo tuve todo y todo se esfumó como la niebla vespertina. Aunque lo más jodido del asunto era que aquel gerente asqueroso era lo más parecido a un amigo.

Estaba hecho una mierda y tirado, igual que una colilla, en las escaleras de emergencia que pegaban al patio. Allí me encontraba, viendo tranquilamente como se largaba el maldito gerente gordo, y entre tanto trajín, me apeteció encender un cigarro. Entonces, me puse a rebuscar en mis bolsillos arrugados. El único cigarrillo que me quedaba estaba mojado y deshecho.

—¡Mierda! —grité.

De pronto, Willy, que así se hacía llamar el apestoso gerente, se dio la vuelta y me dijo:

—¿Me llamas?

Tras su pregunta nos pusimos a reír al instante.

—No tengo tabaco —le dije entre risas—. A parte, ¿desde cuándo respondes al nombre de mierda?

Vino hacia mí lentamente y se paró justo delante, yo estaba sentado a la altura de sus genitales; todavía reíamos. Pensé que me gastarían la típica broma, haciendo alusión a una mamada reglada, pero no fue así. Sacó un paquete de

tabaco de su bolsillo del chándal de algodón —algo raro en alguien que no fuma—, me lo tiró a la cara y me guiñó un ojo mientras hacía el gesto universal del disparo de manos.

—¡Revienta, saco de basura! —me dijo mientras reía desmesuradamente.

—Gracias, bola de grasa —le contesté en el mismo tono.

Cuando vives en la bajeza de la calle las licencias no existen, nada es convencional, manejas las emociones del momento y poco más. Willy y yo éramos amigos de gueto, amigos con licencia para hundirnos sin pedirnos perdón, amigos de sangre, amigos de la basura; estábamos hermanados con lo etéreo. Nuestra amistad caminaba diariamente por la delgada línea del amor y el odio. Éramos basura no compartida.

Entre botellas vacías, ceniceros rebosantes y basura compartida —el caos de mis pensamientos ausentes—. Escupía bocanadas de impaciencia inorgánica mientras reposaba mi fatalidad en las escaleras que tantas noches me habían visto sucumbir ante un subsistir decadente, encarecido y rebosante de casualidades tontas. Miraba mis dedos, antaño imparables en la tarea de teclear palabras ordenadas y mágicas, unos dedos que gracias a la borrachera podía ver deformados y risueños, volando libremente por el espacio y ondulantes junto al aire; mi realidad era vapor de alcoholes. Esquivaba a la muerte cada día, en cada momento, en todo pensamiento y lugar permitido; aunque ella no me quería, solo deseaba verme y disfrutar de mi compañía. Descansaba de otra noche vacía e intensa, alertando a mis sentidos dormidos de la llegada de lo inevitable —el caos latente—. Ya no me quedaban balas en la recámara, no me quedaban sueños a los que agarrarme hasta morir, ya no me arrastraban los besos de una musa, y por descontado queda, que ya no me fiaba del amor efímero de la naturaleza, vengativa

y cruel, que un día me dio todo lo imposible, para después arrebatármelo inhumanamente. “Escaleras caóticas, despena de infortunios y desalientos prohibidos, vosotras que me veis cada noche recurrir a vuestro consejo maldito y roto mientras me bandeo como un animal herido y mil veces muerto en vida: ¿Qué me podéis decir esta noche que no sepa de antemano? Seguro que nada, excepto gracias”, me dije a mi mismo mientras me enroscaba como una serpiente maldita. “Nadie puede mirar a un ser acabado y decirle que desaparezca; nadie es capaz de abandonar la espiral del caos y olvidar lo que allí vio; nadie tiene derecho a escupirme sus burlas descaradas y luego pensar que la balanza del caos no va a buscar una venganza desequilibrante y esquizofrénica”, pensé. Desvaríos estranguladores que dormían cada noche junto a mi cráneo hueco y rebosante de vacío. Noches de vaciar botellas de veneno público, noches de risas extraídas del inframundo más banal, y como no, madrugadas ciegas que daban paso a mil palabras desenvainadas; todo era el producto de un cerebro carcomido por la falta de autoestima. Sin embargo, y pese a todo, mi lengua era capaz de traducir un brote psicótico hasta transformarlo en una realidad paralela a la muerte de la espiral atronadora, lo cual, me tranquilizaba tontamente, me daba esperanzas de vida. Era y soy serpiente de escalera, pero aquellos días eran también derrota. Basura no compartida junto a la escalera.